

*NOTICIA DE LA MUERTE DE MIGUEL HERNÁNDEZ
O EL MILAGRO MIGUEL, COMO UN RAYO QUE
NO CESA, VIVE AÚN, SIEMPRE, EN NOSOTROS.*

(Leído en el primer homenaje a Miguel
Hernández en el Museo Canario el 24
de marzo de 1966)

Ha muerto el poeta.

La noticia, escueta, imparcial,
seguramente saldría
en la página de sucesos
de un diario de pueblo,
o tal vez no.

Ha muerto el poeta.

No sé si fue de hambre,
no sé si fue de amor.
No sé si fue en una tarde,
o en un otoño,
o en una tristeza
de un día cualquiera.
No sé si quiera si de verdad está muerto.

Y así

pretendieron lavarse las manos.
Borrón y cuenta nueva.

Pero sucedió que entonces, la tierra,
en silencio, reunió, con la lentitud
de un rompecabezas,
sus moléculas enfurecidas,
el átomo ardiente de su palabra,
y poco a poco
fue creciendo su estiércol,
su esqueleto.

Aquí
las pestañas, el corazón.
Aquí
las uñas.

Aquí
la palabra más pura y alegre.
Y luego el viento (ya sabéis,
viento del pueblo), desmelenó
su furia, el aire
como un amante loco,
en remolinos de alegría,
sacudió sus vértebras, los poros
se juntaron y así surgió,
compacta
como la piña del maíz,
la palabra incandescente y viva
saltando de júbilo en las venas.

Esto ocurrió hace ya mucho tiempo,
cuando el cielo, en vez de enviarnos
la lluvia fecundadora de los campos,
dejó caer de intrusos pájaros de metal
el fósforo encendido,
el metal fundido, el odio congelado.

Pero resulta que la historia
no acaba, ni se duerme en los brazos
del tiempo como una gentil muchacha.

Y henos hoy aquí,
reunidos por la misma fe,
que le hemos dicho al poeta.
Ven,
no podemos soportar tu muerte,
ni el silencio larvado en paredes oscuras.
No podemos soportar el dolor de tus sienes,
la sangre de tu pueblo que es el nuestro.
Nos dueles
como duele siempre el hombre, seriamente.
Ven,
le hemos dicho,

incorpora tu lanza,
acércanos tu voz y tu cadena,
ven a beber con nosotros de este vino,
que es tu sangre,
y a compartir este pan,
que es tu cuerpo.
(Con buena voluntad
comeremos todos en el mismo plato).
Escucha la palabra de los hombres
que han estrellado su voz
contra el muro y las sombras.
Ven, escúchanos,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

Y he aquí
el milagro:
Despiértate y anda,
Miguel, entre nosotros.

MANUEL GONZÁLEZ BARRERA